

## Cómo me desperté y cómo mi esposa no se despertaba

Nuestra cama temblaba y eso hizo que me despertara asustado. Pero mi esposa no se despertó ni su cuerpo dejó de estremecerse. De repente paró y su cuerpo cayó inerte sobre la cama otra vez. Se le escapó una larga exhalación y después dejó de moverse y de respirar. Parecía que hubiera vuelto a dormirse, pero no se despertaba.

Encendí la luz del dormitorio, pero eso no la despertó. La sacudí, pero eso tampoco funcionó. La recosté en la cama y le apoyé la cabeza en la almohada. Cogí su vaso de agua de la mesita de noche, le abrí la boca y le di un poco de agua, pero no se la tragó. Le abrí los párpados, pero sus ojos no me miraban y se cerraron de nuevo en cuanto los solté.

Levanté el auricular del teléfono para llamar a alguien que viniera a ayudarme a despertarla. La tapé hasta el cuello con las mantas para mantenerla caliente. Le aparté el pelo de la cara con la mano y le toqué la mejilla. Puse los dedos bajo su nariz y sobre su boca, pero no pude sentir que saliera aliento de

ella. Le tapé la nariz e intenté insuflarle algo de aire en el interior de la boca, pero en mi interior no parecía haber suficiente aire para conseguir que ella respirara.

Me dio miedo dejar a mi esposa allí sola en la cama, pero también temí que los de la ambulancia no encontraran la dirección. Salí del dormitorio, recorrí el pasillo y fui a la parte delantera de la casa. Encendí las luces de todas las habitaciones. Abrí la puerta principal, salí al umbral y encendí también la luz del porche delantero. Quería que supieran que ésa era la casa y que éramos nosotros quienes los necesitábamos.

## Cómo ayudaron a mi esposa a respirar, cómo la levantaron y cómo la alejaron de mí para llevársela al hospital

Vinieron a nuestra casa para llevarse a mi esposa y trasladarla al hospital. Entraron con estrépito por la puerta principal y cruzaron el salón. Uno de ellos llevaba una bombona de oxígeno, una mascarilla y una caja de metal con unos cajones que aparecían y desaparecían de su interior al abrirla. El otro entró empujando una camilla con ruedas, patas plegables y una tabla plana sujeta a ellas. La empujó hacia el interior de la casa, por el pasillo y hasta nuestro dormitorio. Colocaron todo lo que traían consigo allí, en nuestro dormitorio, alrededor de nuestra cama y de mi esposa, y comprobaron si todavía estaba viva.

Uno de ellos apartó las mantas y le estiró el camión. Le tocó el cuello en busca del pulso y después le cogió la muñeca. Escuchó el sonido del corazón en su pecho. Le levantó los párpados, le abrió la boca y le examinó ambas cosas con la ayuda de una pequeña linterna. Le acercó la oreja a la boca y a la nariz para intentar oír o sentir su respiración.

El otro sacó la bombona de oxígeno, le colocó la

mascarilla sobre la cara y abrió la bombona. Mi esposa pareció inspirar hondo y seguir viva. La hicieron girar sobre sí misma para ponerla de costado y colocaron la tabla plana sobre nuestra cama, en el lugar donde antes había estado su cuerpo. Después la hicieron girar de nuevo para situarla sobre la tabla, la levantaron y volvieron a colocar la tabla sobre la camilla metálica.

Mi esposa parecía muy ligera en sus brazos. A mí también me habría gustado poder levantarla así.

La cubrieron hasta el cuello con la manta de la camilla, pero se dejaron los brazos fuera y parecía que estuviera tendiéndolos hacia mí. Uno de los de la ambulancia me apartó con una mano y ambos hicieron rodar la camilla metálica con mi esposa encima y la sacaron de nuestro dormitorio, recorrieron con ella el pasillo y salieron por la puerta principal. La bajaron por los escalones de la puerta delantera, siguieron por el camino de acceso y la levantaron para meterla en la parte de atrás de la ambulancia.

Yo los seguí al exterior de la casa y por el camino de acceso, pero en la parte trasera de la ambulancia no había sitio para que pudiera sentarme y, de todas formas, no habría podido subir a la ambulancia solo. Tendrían que haberme levantado a mí también.

Uno de ellos se encaramó a la parte trasera de la ambulancia detrás de mi esposa y el otro cerró las puertas y subió delante. Me dijo que los siguiera hasta el hospital y se fueron llevándose a mi esposa. Me dejaron allí fuera, en el camino de acceso, delante de

nuestra casa. Me dejaron allí fuera, en medio de la noche, con las luces rojas de la ambulancia parpadeando a mi alrededor, pero no encendieron la sirena.

Volví a entrar en nuestra casa y salí por la puerta de atrás hacia el garaje. Saqué el coche y me fui detrás de la ambulancia. Vi los destellos de las luces rojas delante de mí, brillando sobre los costados de los edificios y las copas de los árboles que flanqueaban las calles. Los semáforos se apagaron y se encendieron, se apagaron y se encendieron, durante todo el trayecto hasta el hospital. Seguí los parpadeos y los destellos de las luces que me guiaban hacia mi esposa.

No quería perder de vista la ambulancia. No quería perder a mi esposa. Quería ver a mi esposa acostada en una cama de hospital. Esperaba ver a mi esposa respirar por sí sola de nuevo. Deseaba verla levantarse de la cama otra vez, verla levantarse de nuestra cama otra vez. Quería que mi esposa volviera a casa para vivir conmigo otra vez.

Cómo el personal del hospital no encontraba a mi esposa ni su nombre y cómo no conseguían averiguar si seguía viva o no

Aparqué el coche junto a la entrada de urgencias y dejé el motor encendido. Creí que eso podría ayudar de alguna forma a mantener con vida a mi esposa. La ambulancia que se la había llevado también estaba allí aparcada, pero ya no había nadie dentro. Noté que el capó todavía estaba caliente y eso me hizo pensar que mi esposa aún debía seguir con vida.

Entré en urgencias por las puertas automáticas de cristal en busca de los dos hombres que habían sacado a mi esposa de nuestra casa y se la habían llevado al hospital, pero no los encontré ni a ellos ni la camilla metálica sobre la que ella iba. Pregunté en el mostrador de información dónde estaba mi esposa, pero ahí no sabían ni en qué cama ni en qué habitación se encontraba y el personal del mostrador de ingresos tampoco sabía si la habían ingresado ya o no.

Todos la buscaron por su nombre de pila y por su apellido, pero nadie la encontró ni en los ordenadores ni en las hojas que cada uno llevaba en sus sujetapapeles. El personal de ingresos me dijo que era po-

sible que estuviera en el hospital aunque no apareciera aún en los ordenadores. Encontraron a otras personas con su nombre de pila, pero no tenían a nadie con su apellido. Aunque mi esposa no podía haberle dicho a nadie su apellido con esa mascarilla sobre la nariz y la boca, ni habría sido capaz de firmar ningún formulario de ingreso porque no podía mover ni los brazos ni las manos.

Fui a otras secciones en otras partes del hospital. Pregunté por mi esposa en los mostradores de otras plantas. Les di a todos su nombre y el mío también. Les describí su apariencia, pero ninguno había visto a una mujer que se pareciera a la que yo describía.

Caminé por aquellos largos pasillos buscándola en todas las camillas metálicas que me encontré. Busqué en las habitaciones del hospital. Miré a través de las puertas abiertas y abrí las que estaban cerradas. La llamé por los pasillos, desde los umbrales, tras las cortinas que rodeaban las camas de hospital, pero ella no podía oírme ni responderme y yo no conseguía encontrarla.

Los pasillos y las habitaciones del hospital estaban llenos de gente que no era mi esposa. Había personas sentadas en sillas de ruedas y otras que caminaban tras ellas, empujándolas. Había gente intentando caminar con sus bolsas de suero, aunque les costaba doblar las rodillas y levantar los pies del suelo.

La gente de las habitaciones estaba recostada en sus camas y viendo la televisión que tenían en la pared de enfrente. Algunos comían sin ayuda de las bandejas y a otros les daban de comer personas que sí po-

dían levantarse y mover los brazos. Había habitaciones que estaban en silencio, llenas de máquinas y con alguien muriéndose en una cama de hospital. Se podía ver que se estaban muriendo de diferentes formas y a distintas velocidades.

Había otras personas que me miraban como si hubieran estado esperándome. Parecían esperanzados al verme abrir la puerta de la habitación y mirar dentro. Probablemente esperaban a alguien que iba a venir a verles. Seguramente aguardan a un médico o a una enfermera, o tal vez a un marido o a una mujer.

Pero yo no era ni un médico ni una enfermera que pudiera aliviarles o decirles que ya podían irse a casa. No tenía pastillas, ni agujas, ni vendas, ni ungüentos. Tampoco instrumental con que curarlos. No sabía lo que significaban aquellos números, ni los pitidos, ni las estadísticas de las máquinas. No tenía ni idea de cuál era su enfermedad. No podía ofrecerles ningún consuelo ni decirles nada que les hiciera sentirse mejor o les ayudara de alguna forma. No llevaba flores ni tarjetas. No les traía una bata ni ninguna otra cosa de su casa. No era ni su marido, ni su padre, ni su hermano, ni su hijo, ni siquiera su amigo, y ninguno de ellos era mi esposa.

Pero todos los que encontré en aquel hospital aún estaban vivos, así que pensé que mi esposa también debía de estarlo. Regresé a la sala de urgencias para seguir buscándola allí. Encontré al conductor de la ambulancia y al que se había subido a la parte de atrás con mi esposa, pero ella ya no estaba con ellos.

Salí a buscar el coche. Seguía aparcado en el mismo sitio. Nadie lo había movido, no se lo había llevado la grúa, ni tampoco habían apagado el motor. Vi el humo que salía del tubo de escape y eso me hizo pensar que mi esposa debía seguir respirando aún allí dentro, en algún lugar de ese hospital.